

SOUÇY, DOMINIQUE, *Masonería y nación: redes masónicas y políticas en la construcción identitaria cubana (1811-1902)*, Islas Canarias, España, Ediciones Idea, 2006.

La obra de Dominique Soucy sobre la masonería cubana, *Masonería y nación...*, ha visto facilitada su realización gracias a la labor que, desde los inicios de los años ochenta, viene realizando el Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española (CEHME), dirigido por José A. Ferrer Benimeli, el cual ha hecho posible la existencia de la actual historiografía de la masonería española y también de la cubana, pues una gran parte de los estudios sobre la Orden en la antigua colonia española proviene de historiadores vinculados a dicho Centro, como el profesor Manuel de Paz Sánchez, que anima la prometedora escuela americanista de la Universidad de La Laguna. En esta obra se analiza la evolución de la masonería cubana desde inicios del siglo XIX, hasta la independencia y la creación de la República, en 1902, su incidencia en la vida social, cultural y política de la isla, así como las relaciones mantenidas con las masonerías de otros países, en particular la de la metrópoli, la de los Estados Unidos y la francesa. Es de interés señalar que la autora ha consultado el llamado “fondo soviético” del Gran Oriente de Francia, en el que figuran, entre otros, documentos sobre la masonería cubana y sus relaciones con la de ese país.

En el terreno de las ideologías, queda patente en esta obra la pluralidad de la masonería a lo largo del siglo XIX, por lo que deberíamos usar el término masonerías, que refleja con mucha más exactitud la realidad. Esto es así especialmente en el último tercio del siglo, cuando en Cuba coexistieron dos masonerías bien diferenciadas, como señala la autora: la de obediencia española y la específicamente cubana, siempre vinculada a la norteamericana. A este respecto, tiene una gran importancia el hecho de que la masonería que se implantó en Cuba no era de origen español y además era anterior a la importada

de España, pues los intereses políticos norteamericanos se sirvieron de ello para legitimar la masonería cubana frente a la española. Así, es significativo que en el Congreso masónico internacional de Supremos Consejos, celebrado en Lausana en 1875, la representación de Cuba fuera otorgada al Supremo Consejo de Colón, y no a una organización española, por lo que la colonia antillana consiguió antes su independencia en el mundo masónico que en el político, gracias a la intervención de la masonería estadounidense, que así marginó a las organizaciones españolas de los foros masónicos internacionales hasta bien entrado el siglo XX. Esta acción, en plena Guerra de los Diez Años, en que los independentistas cubanos se enfrentaron a la ocupación española, no dejaba dudas acerca de la intención albergada por el gobierno norteamericano, que siempre utilizó a su masonería para influir políticamente en los asuntos antillanos. Cuando, en julio de 1880, se realizó la unión de las dos masonerías cubanas, la establecida en Santiago, de más antigüedad, y la de La Habana, de dicha unión nació la Gran Logia de Colón e Isla de Cuba, reconocida rápidamente por varias organizaciones masónicas norteamericanas, aunque también por el Gran Oriente de España.

La autora destaca también el hecho de que en 1891 las logias de masones españoles dependientes de organizaciones establecidas en la metrópoli se unieron a la G. L. de Colón e Isla de Cuba, pasando los masones españoles a dirigir gran parte de la masonería cubana, dando a ésta una dirección contraria a las corrientes independentistas, que también las había, e importantes, en el seno de la Orden. Esta unión durará hasta la última guerra de independencia (1895-1898); sin embargo, al estallar el conflicto, en España la masonería será perseguida, acusada de complicidad con los independentistas. Cuando en noviembre de 1897 Cánovas del Castillo otorgó la autonomía política a Cuba, se formó un gobierno autonómico provisional, dirigido por destacados masones, como nos recuerda D. Soucy, el cual fue efectivo hasta ser sustituido por el gobierno de ocupación norteamericana, en enero de 1899. La masonería española, que siempre defendió la españolidad de Cuba, pagó muy caro haber establecido

logias en la Isla, pues fue diezmada, algunos de sus dirigentes encarcelados y hasta los años treinta del siglo XX no volvió a gozar de una presencia importante en la vida social y política española, aunque el número de logias y masones será mucho menor que en el siglo anterior. Otro de los temas de interés que aporta la obra de Dominique Soucy es el problema suscitado en la masonería cubana a raíz de la separación definitiva entre la llamada masonería “regular”, de obediencia anglosajona, y el Gran Oriente de Francia. En 1877, esta organización masónica francesa suprimió de sus estatutos la obligatoriedad de creer en Dios, al que los masones llaman Gran Arquitecto del Universo. Este hecho fue el detonante que propició la ruptura total de relaciones entre la obediencia francesa y las organizaciones masónicas que vivían bajo la órbita anglosajona, hegemónicas en América Latina. Éste fue el caso también de la masonería cubana, aunque más tarde, en 1905, cuando pudo realizar su propia política de relaciones masónicas internacionales. A partir de entonces, los masones cubanos se integraron por completo al ámbito de la masonería estadounidense, con la que colaborarán de forma estrecha y constante.

No era un secreto por entonces que los gobiernos de los EEUU habían utilizado a la masonería de su país como un instrumento más de su política colonial en Cuba. Con ese fin se llevaron a cabo una serie de acciones, que D. Soucy define como “una estrategia de colonización masónica estadounidense en las antiguas colonias españolas”. Sin embargo, ello no supuso ningún tipo de conflicto, pues la masonería cubana consideró a las tropas de ocupación de los EEUU como las salvadoras de la patria y de la masonería. Otro de los temas de interés en la obra que reseñamos lo constituyen las diferentes posiciones que, a lo largo del siglo XIX, tomó la masonería cubana respecto al problema de la esclavitud. Debido a su pluralidad, en su seno se daban desde las corrientes abolicionistas radicales hasta los defensores del sistema esclavista, pasando por los hermanos que defendían un proceso de transición hacia una sociedad sin esclavos. Esta pluralidad masónica es la que se dará igualmente en los demás

ámbitos, como el ideológico. Y desde luego lo mismo ocurre cuando se trata de defender cuál ha de ser el status de la colonia, pues convivían en su seno las posiciones independentistas, las enemigas incluso de la autonomía política de Cuba, y los anexionistas, que pretendían integrar Cuba a los EEUU.

Dominique Soucy acuña el término “pensamiento masónico liberal” para definir el ideario masónico cubano mayoritario y muestra su interdependencia con el Partido Liberal Autonomista, muchos de cuyos dirigentes eran masones destacados, como Antonio Govín o Rafael Montoro. Es cierto que, en la intimidad de sus actividades, la masonería creaba un marco teórico en el que se debatían las cuestiones sociales, ideológicas y políticas. Dicho ámbito de reflexión se daba, probablemente, fuera de las logias, pero también dentro de ellas, y esto a pesar de que en la Orden siempre ha estado prohibida toda discusión sobre política y religión... Sería muy interesante analizar en profundidad las vías, si es que existieron, por las que las propuestas teóricas surgidas de las logias pudieron llegar a los partidos o a los gobiernos, y también si en alguna ocasión éstos las hicieron suyas, asimilándolas a sus respectivos idearios, a sus programas o a su praxis política y social. Pero no debemos olvidar que la masonería estaba en deuda con las ideologías y filosofías sociales de su tiempo. De lo contrario, podríamos llegar a la conclusión, del todo falsa, que la Orden de la escuadra y el compás era la creadora o inspiradora de todas las doctrinas liberales, democráticas y progresistas de la Cuba contemporánea. Si los masones y el Partido Liberal coincidían en que la solución de los males de la Isla estaba en la instrucción pública, fue tal vez porque ambos bebieron en las mismas fuentes tardo ilustradas europeas, que hacían de la escolarización masiva y la elevación del nivel cultural de la población el remedio de todas los males.

Recordemos que la sociabilidad masónica facilitaba en cierto modo la existencia de espacios de encuentro para la discusión teórica y el debate sobre los grandes temas y desafíos de su tiempo, pero en modo alguno la Orden fue la creadora de nuevas ideologías o filosofías, sino que ejerció como una de las más fervientes defensoras y

divulgadoras de los derechos humanos, de la educación, la tolerancia política y religiosa y la democracia. En este sentido, la interesante aportación de Dominique Soucy debe ser tomada en cuenta, a pesar de no haber llevado a cabo un estudio más pormenorizado del panorama de transferencias en el campo de la política, la sociedad y la cultura, es decir, de cómo lo profano fue masonizado en las logias, y de cómo lo masónico fue asimilado por el mundo profano. Sin embargo, la autora ha sabido insertar la masonería cubana en la sociedad de su tiempo, y no tratarla como un ente aislado de su contexto. La actual historiografía masónica, de base científica, ajena a las polémicas que secularmente han rodeado a la fraternidad, ha venido a deshacer muchos entuertos, pero corre también el peligro de suscitar nuevos equívocos, debemos, pues, hilar fino en la tarea de estudiar la vida masónica y su incidencia en la sociedad. Sobre todo ello han de seguir reflexionando los historiadores, a fin de otorgar a la masonería el lugar que le corresponde en la historia contemporánea. La obra de Dominique Soucy se inscribe en esta perspectiva.

Pere Sánchez Ferré
Departamento de Historia Contemporánea
Universidad de Barcelona

